de los oráculos a quienes sigue y obedece ciegamente, le infunde espanto.

Y cuando vieran que flando nada más que en su propio esfuerzo han conquistado tomando, lo que pidiendo nadie les había concedido, no querrán saber más, ni obedecer, ni arrastrarse, ni gemir...

Sería el crepúsculo de sus dioses.

Estos quieren evitar a todo trance que ello suceda, porque viven apegados a sus apoteosis, cuyo secreto no está en sus méritos, en su superioridad ni en su valor, sino en la cegera, en la pequeñez, en la cobardía de los fieles que les adoran.

¡Ay de ellos el día que el creyente se levante airado para despojarlos de sus majestuosas vestiduras y se niegue a contemplarlos hincado de rodillas!

Entonces se dará cuenta de que podía realizar en seguida lo que le obligaban a guardar para *más tarde*, porque las súplicas del ídolo eran para él imperativas.

¡Pobres hambrientos! Se juega con vosotros. Se os desprecia y se os engaña. Deciros que esperéis es traicionaros. Pensad que pedir es indigno. Decidlos a tomar lo que es vuestro, lo que os pertenece, Para esto, que dignifica y eleva, nunca es demasiado pronto.

Si no os divorciais de aquellos que os inmovilizan, reduciendo a cero la enorme suma de energía que representáis, seguiréis vegetando hasta que os rompáis la crisma cayendo de un andamio, hasta que un desprendimiento os sepulte en las vísceras de la tierra, hasta que una máquina os coja entre sus engranajes o hasta que os asfixien las deleterea emanaciones del taller, que asegura todos los goces, todas las comodidades y toda la abundancia a su amo, que es el vuestro.

En cuyo caso habréis muerto del mismo modo que vivisteis: Esperando.

EUSEBIO C. CARBO

MEMORIAL DE LA GUERRA

EL VENCEDOR

Frecuentemente hacemos alto en la lectura de revistas y periódicos que hablan de la guerra. Sentimos la necesidad de coordinar, de relacionar, de meditar. Deseamos, sobre todo, recabar nuestra autoridad de lectores.

¿No le ha ocurrido a usted estar leyendo afanosamente un artículo y, de pronto, por una fecha, por un dato, por una cifra, por un simple adjetivo, sentir la sensación desagradable del apasionamiento o de la injusticia?

Todavía cuando se trata de simples informadores, o de cronistas subalternos, o de escritores adventicios que el viento de la recomendación y de la gratitud trae y se lleva, como brizna, la cosa es soportable y aun divertida.

El manejo del tópico, como el de la lezna, no solicita otra atención que la de mirar. Se mira al zapatero, y se sigue pensando en otra cosa. Se da un vistazo al empedrado del tópico floripfero, sin que se entenen el pensamiento ni el corazón.

Pero, amigo, cuando el que escribe tiene, sino nuestra admiración, nuestro respeto; cuando lo que uno está leyendo es la labor de un alguien, no la de un "quidam", o el "alguien", arrastrado por la pasión, chilla y se descompone como un "quidam", sentimos esa desazón espiritual que los poetas llaman "desencanto".

De vez en cuando, entre las volteretas de un payaso o entre las burdas artimañas de un prestidigitador de la guerra surgen voces autorizadas y ponderadas. Instantáneo es escucharlas vidamente. Y esas voces, que había templado la Ciencia y armonizado el genio, suenan agrias, discordes, con un rumor de plebe y de taberna. ¡Qué lástima! ¡Verdad? ¡Qué lástima!

¿Quién ha podido leer sin desencanto el acuerdo de la Universidad de Oxford borrando de la lista de sus doctores honorarios el nombre insigne de Gerardo Hautpman "porque es alemán"?

¿Quién ha podido leer sin desencanto los dos mensajes alemanes, donde cien profesores eminentes escarnecen, en nombre de su patriotismo, el patriotismo de los demás, de los belgas, de los rusos, de los franceses, de los ingleses, de los servios, de los montenegrinos, de los japoneses?

¿Quién ha podido leer sin desencanto la resolución del Instituto de Francia borrando de sus listas de honorarios todos los nombres eminentes de alemanes, ni la del Instituto de Berlín tomando una revancha innoble y ebria?

¿Quién ha podido leer sin desilusión los artículos pangermanistas de Maximiliano Harden ufanándose de la destrucción de Bélgica y aconsejando el exterminio y el degüello "por cualquier medio, leal o traicionero, humano o inhumano"?

¿Quién no ha sentido algo entristecedor e irremediable viendo pasar figuras augustas como Guillermo Ferrero, como Anatolio France, como Maeterlinch, como Gerardo Hautpman, tambaleándose por la boca ancha del odio, arrastrando sus túnicas apostólicas por los mismos caminos, feroces y sanguinarios de las turbas?

Una revista alemana, *Allgemeine Rundschau*, ha dicho, con la firma del ilustre profesor de Munich Armin Kause, "que la razón más noble es la razón del *exterminio*". Una revista francesa, *Les Anales*, ha escrito, por la pluma áurea de Mauricio Barrés, que "la sangre alemana debe correr, para bien de la civilización ultrajada, hasta la última gota". Una revista italiana, *La Vita Internazionale*, ha publicado, con la firma de G. Casazza, que "antes que convertirse Europa en un cuartel alemán, hay que arrasarla por el hierro y por el fuego"...

Y no hace muchos días, toda la Prensa de Lisboa y de París ha loado los mensajes cambiados entre dos pontífices del pensamiento contemporáneo—Teófilo Braga y Anatalio France,—en los cuales mensajes han vomitado lamentablemente la cólera.

Cuando se piensa que a estas cumbres humanas ha podido llegar el lango de los rencores es cuando comenzamos a tener idea del espantable terremoto.

El espíritu moderno, con su coraza, rutilante de saber, y su espada, con temple de raciocinio, avanzaba, de cara al Sol, como un héroe de Homero o del Ariosto.

Se había ennoblecido la relación humana. Se había borrado la palabra antigua "bárbaro", en el sentido de "extranjero", que fué la sola intransigencia de Atenas y la mayor crueldad de Roma. Entonces se extendía por el denigante. Decidlos a tomar lo que es vuestro, lo que os pertenece, Para esto, que dignifica y eleva, nunca es demasiado pronto.

¡Pobres hambrientos! Se juega con vosotros. Se os desprecia y se os engaña. Deciros que esperéis es traicionaros. Pensad que pedir es indigno. Decidlos a tomar lo que es vuestro, lo que os pertenece, Para esto, que dignifica y eleva, nunca es demasiado pronto.

Si no os divorciais de aquellos que os inmovilizan, reduciendo a cero la enorme suma de energía que representáis, seguiréis vegetando hasta que os rompáis la crisma cayendo de un andamio, hasta que un desprendimiento os sepulte en las vísceras de la tierra, hasta que una máquina os coja entre sus engranajes o hasta que os asfixien las deleterea emanaciones del taller, que asegura todos los goces, todas las comodidades y toda la abundancia a su amo, que es el vuestro.

En cuyo caso habréis muerto del mismo modo que vivisteis: Esperando.

EUSEBIO C. CARBO

ANSELMO LORENZO

REMEMBRANZAS

De la cátedra de Lorenzo

Cuando a principios de 1910 fuí a Barcelona, pletórico mi cerebro de romanticismos revolucionarios — bellos ensueños, que son más bien amor al Ideal que conocimiento intenso del magno problema que la tiranía hizo enunciar al proletariado y que éste ha de resolver—, me hizo gran impresión la de esclavitud perpetua—, uno de mis deseos más fervientes era el de visitar a Anselmo Lorenzo.

Declaro francamente que aquel deseo estaba saturado de idolatría como del afán de aprender algo oído directa, personalmente, de labios del apóstol.

Pasaron algunas semanas sin que me fuese posible realizar mi propósito porque los pocos compañeros a quienes conocía se encontraban presos a consecuencia de los sucesos de julio. Uno de aquellos compañeros era Mariano Castellote, al que procuré ver cuando supe que había sido libertado, y aquella misma mañana nos dirigimos a la prisión con objeto de visitar a Lorenzo, el genial loco, que, con las greñas en desorden, se agitaba gritando en el alvéolo, justificando a mis ojos *con cuánta razón* le habían enjaulado.

De regreso y después de una caminata para mí sin orientación por desconocimiento de la gran ciudad, me dijo Castellote:

—Si quieres, llegaremos a ver *al abuelo*. Yo ignoraba que los tan truculentos, furibundos y terribles anarquistas hubiesen puesto tan cariñoso mote a Anselmo.

En la puerta encontramos a José Prats; nos saludamos y subimos todos al segundo piso. Allí vivía *el abuelo*. Le encontramos sentado junto a su mesa de trabajo, llena de libros y cuartillas. Nos recibió muy amable; pero Lorenzo no me hizo objeto de especial atención, como yo esperaba, dada mi condición de *neófito*. Me había figurado, con no pequeña ingenuidad de mentor, me daría a conocer algo más de lo que yo había leído en libros, folletos y periódicos; pero noté, contrariado, que, lejos de eso, la conversación se deslizaba ligeramente sobre las peripecias del destierro en Alcañiz, donde las gentes huían de los anarquistas al principio, y buscaban su compañía luego de observar que aquellos tremebundos y rabiosos revolucionarios no habían arrojado ninguna bon ba ni mordido a ningún vecino de la localidad, sino que, por lo contrario, amaban y respetaban a todos, sin pedir más que reciprocidad por ello. La dura tiránica de Maura había sido en este punto fomentadora de "la propaganda por el hecho", como denominaba *el abuelo* al buen proceder y de inmerables resultados. El destierro les había servido para dar a conocer la idea, ganar adeptos a la Anarquía y enemigos a todos los sistemas de gobierno.

Yo seguía sin recibir lección alguna. Al menos así lo creía, teniendo, como tenía, los prejuicios pedagógicos que inculcan los *dómines* a sueldo.

Y la conversación continuaba anecdótica, nada doctoral. Partiendo de aquel proceder que tanto había sorprendido a los timoratos de Alcañiz y que Lorenzo llamó, subrayándolo con una sonrisa, "propaganda por el hecho", habló luego de cierta clase de individuos que hacían servir a las ideas anarquistas como pavés de las más infimas pasiones. *Generalmente* se trataba de *superhombres*, conocedores de los principios filosóficos de la Anarquía, pero que no llegaban a sentirla, y de ignorantes, que no podían comprenderla. Unos y otros escarnecían el Ideal, le restaban simpatías y se escarnecían a sí mismos. Respecto de la propiedad, por ejemplo, se lamentaba de que toda clase de trubanes, hampones y prostitutarios coreasen a Proudhon para justificar sus raterías y su vagancia. La propiedad—decía—es un robo; de acuerdo; pero el que por no trabajar se apodera de algo, a mi entender es un ladrón e importa poco se llame *el Orejas*, Güell o José María. Esto no hace más que dar fuerza al principio, y tampoco importa que robe a otro ladrón, puesto que la aspiración de ambos es la misma.

Recuerdo que de aquel tema y con una pasmosa facilidad de enlace, que no me es dable reproducir, habló del amor libre, censurando los actos de ese chulesco mentir a las mujeres todas y abandonar, so pretexto de libertad libérrima, a la infeliz que, por debilidad o por pasión se ha dejado conducir al lecho; porque las condiciones de postergación social positiva en todos los órdenes a que se encuentra sujeta la mujer son razones poderosas ante las que debe ceder algo un hombre consciente, siempre que su compañera haga por merecer el sacrificio, si para él resulta. Además, la existencia de los hijos, que en una sociedad justamente organizada nada tendrían que temer del abandono hipotético de un padre, les convierte hoy en golfos u hospicianos, para llegar mañana a ingresar en las filas de los tahures o en las de la milicia voluntaria.

Así hablaba Lorenzo, y ponía en sus palabras tal sentimiento de indulgencia, que se conocía claramente cuánto le apenaban las miserias humanas y cuánto las disculpaba al execrarlas. Pero al decir estas cosas parecía hablar más bien con aquellos compañeros inteligentes y ya curtidos en la lucha que conmigo.

Yo no se si estuvo en su ánimo darme una lección que juzgara necesaria o conveniente, teniendo en cuenta mis pocos años y mis muchos entusiasmos, que quizá podrían llevarme a obrar mal por incomprensión o por una probable corrupción que me inoculara el ambiente social. Si lo fué, lo hizo con un tacto, con un esquisitez, que ni dió margen a envanecimiento por mi parte al verme honrado con la especial atención del sabio, ni a bochorno por las advertencias reprobadoras del preceptor; si no lo fué, yo procuré aprovecharla, y por cierto que me ha valido, tanto más cuanto aquellas verdades las comprobé mil veces en la mísera experiencia presidial.

Después la conversación siguió su curso natural, sin ampulosidades, sencilla, casi trivial...

Y nos despedimos sin que el compañero pudiera levantarse de su asiento. Y nos lo había dicho:

—Cuando salgo de casa o vuelvo a ella, mi compañera y mis hijas tienen que bajarme o subirme en brazos. Debo causarles más impertinencias que un nene.

Y las que tantas impertinencias debían sufrir habíanle besado varias veces durante nuestra visita.

Así enseñaba Lorenzo.

Tal era su cátedra.

FRANCISCO JORDÁN

***

Aunque iconoclastas, sentimos la pérdida del hombre recto, consecuente y luchador que en vida se llamó Anselmo Lorenzo.

Por la Federación de grupos ácratas de la región extremeña,

El Comité

Imitemos al maestro

Cuando leí en la prensa burguesa que el gran maestro de los anarquistas españoles, Anselmo Lorenzo, había dejado de existir, quedéme perplejo, como quien no cree en la fatalidad a que nuestra común madre la Naturaleza condena a todo ser que nace, sea sabio o ignorante, justo o injusto, tirano o tiranizado.

Mas, pronto hube de convencerme de que la ley fatal que a todos ha de alcanzar un día, tocó el turno el 30 del pasado al que durante medio siglo fué el más abnegado y fiel intérprete y sostenedor del Ideal anarquista, así como de los verdaderos principios por los que fué fundada la Asociación Internacional de Trabajadores.

Me sentí huérfano del bondadoso consejero, padre de la juventud anarquista española, y a punto estuve de cojer mi pluma para dedicarle mi admiración y sentimiento al que desde dieciséis años a la fecha venía leyendo en libros, folletos y periódicos que me sirvieron y sirven de guía en la lucha por la redención humana.

Pero, temí que mis compañeros me trataran de pedante y romántico y me contuve muy a pesar mío, trabándose en mi cerebro una lucha tenaz entre lo justo y razonable contra la idolatría y lo cursi.

Luego, al romper la envoltura del paquete correspondiente al número 238 de este querido semanario, contemplé con honda emoción la venerable y plateada cabeza del apóstol de nuestro querido Ideal, destacándose de entre la aureola de gloria que los compañeros componentes del grupo editor dedicaban al que en vida fué su cariñoso y fiel consejero en la árdua y penosa tarea de escribir contra el actual estado de crímenes y desigualdades vergonzosas...

No soy romático ante la muerte. Soy materialista y, por consiguiente, creo con la mayor naturalidad que el hombre, como cualquier materia orgánica, nace para morir; pero en aquellos momentos, al contemplar la figura grave del viejo camarada con sus gafas caladas, creí que no podía ser el arrebatar a la Humanidad, ni aún por la severa vejez, a uno de sus más preclaros redentores.

Sentí sobre mi mente el peso de las aseveraciones que en pro de los ideales de Paz y de Justicia había leído infinidad de veces, pasando ante mi visión su constante aforismo de la Internacional que dice: "La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos." ¡Aforismo salvador que a toda hora pronunciaba y señalaba el noble viejo a los ilusos trabajadores que aún confían en la emancipación decretada desde la *Gaceta*.

Y ¡a qué seguir! ¡Son tantos los detroteros que el buen Lorenzo deja trazados al proletariado y a la Humanidad, que mi inteligencia se se impotente ante pobre intento de tributarle los honores que solamente imitando su inquebrantable fe y constancia me haría de su honor.

En las primeras páginas de su libro titulado *Vida Anarquista*, leí este proverbio: "¡Ay del caminante que se entretiene en tirar piedras a los perros que le ladren por el camino; tarde o nunca llegará a su destino! ¡Que lección más mortificante nos da el difunto maestro con su educativa filosofía que se desprende del indicado proverbio para los que conciente o inconscientemente nos entretenemos discutiendo y fijando nuestras miras en bajunas y torpes preocupaciones humanas.

¡Camaradas, viejos y jóvenes anarquistas! ¡Imitemos y sigamos el camino que el noble maestro nos deja trazado, y sólo así nos podremos considerar dignos de ostentar el honroso título de anarquistas, siendo este el mejor homenaje que sidremos tributar al que en vida se llamó Anselmo Lorenzo!

RAFAEL SOLER

Alcoy, diciembre 1914.

***

AL APÓSTOL ANSELMO LORENZO

¡Has muerto! ¡Muerte ilusoria!
Vivirás eternamente
y el puesto más preferente
sabrá guardarte la Historia.
Supiste ganar la gloria,
mas no gloria terrenal,
sino la gloria inmortal
que un pueblo te canta;
de un pueblo que se levanta
para ser tu pedestal.
¡Descansa! Tu tumba fría
desde hoy será mi altar
donde podré ir a llorar,
por tu muerte, cada día.
Tú me servirás de guía;
beberé en tu inspiración,
y si he podido perderte,
sabré por siempre tenerte
guardado en el corazón.

JOSÉ JIMÉNEZ

***

Envían la manifestación de su sentimiento, el grupo «Ni rey ni patria», de Fernán Núñez; Isidro Ramos, de Albiñana, Martín Alvarez, Juan Gómez, Juan Moral y Félix Luque, también de Fernán Núñez; Francisco Marquez, de Arriate; Francisco Gomarí, Hilario Requena, Francisco Ballén, José Blas, Francisco Ramírez, Antonio Ballén, Manuel Teruel, Rafael Lechuga, de Arquillos; el grupo «Los Conscientes», de Vitoria; Antonio Cuerda, de Nerva; Manuel Martínez y Dionisio Marzá, de Castellón.

***

Suscripción para el número extraordinario dedicado a la memoria de Anselmo Lorenzo.

	Pesetas.
Suma anterior. . .	4'40
San Feliu de Guíxols. .	0'25
Barcelona.—Riera, 1; Reasons 0'25; Roig, 0 25; Arranz, 0'50; Palmiro Casas, 0'50; Escandell, 0'25; Uno, 0'25	2 95
Vitoria.—Grupo «Los Conscientes».	4'00
Nerva.—Antonio Cuerda . . .	0'50
Carabanchel Alto.—M. A., 0'50; M. H., 0 50; V. B., 0 50	1'50
Sariñena.—Manuel Onoro. . . .	0'50
Reus.—Grupo «Vía Libre». . . .	1'00
Total	17'50

Carta abierta

Compañeros, salud:

Jamás la extensa historia de la Humanidad en sus crueles luchas nos ofreció un momento más oportuno para afirmar y ratificar nuestras concepciones libertarias, y para demostrar al mundo entero que aun existe una consciente minoría capacitada, que no se deja arrastrar imbécilmente por las cobardes apostasías, por las bochornosas claudicaciones, por las deserciones indignas, ni por los errores o colaboraciones injustificables de ídolos ni pontífices; probando, al mismo tiempo, que aún quedan hombres capaces de mantener inmaculada y enhiesta la roja enseña de los ideales redentores y humanamente justos.

Cuando el torbellino de salvajes pasiones hace patente el fracaso de todos los partidos y de todas las escuelas de falsa filosofía y pone al descubierto todos los sofismas y errores en que descansaba la esperanza democratizadora, es necesario tener la suficiente entereza, la valentía precisa, para dar una fehaciente prueba de nuestra capacitación y, a la vez, reafirmar el aparatoso fracaso de la sociedad burguesa que, ahora, prueba su incompetencia para solucionar el problema humano y recrudece luchas que tan sólo podrán desaparecer con la racional reorganización a base libertaria.

Jamás los hechos históricos nos podían haber dado la razón como los actuales y, por ello, nunca mejor que hoy nuestra obra puede afirmarse y robustecerse, dando el edifi:ante ejemplo de una fuerza sana capaz y dispuesta para salvar a la Humanidad del torbellino que amenaza y comienza a arrastrarla por el abismo de su salvajización.

En el presente momento histórico, fracasan todos los sistemas que se disputan la dirección social y anulada la masa en pos de ciegos ardores fanáticos, que demuestran bien a las claras el engaño del número y el perjuicio de jefatutas; cuando la mayoría de los que se creían sabios descienden al nivel del tigre y los que se creían buenos cometen un gran crimen de lesa Humanidad, es cuando los incorruptos, cuando los firmes deben hacer patente la expresión más elevada de sus más enérgicas protestas contra las funestas desviaciones que se yerguen amenazantes y es cuando, a pleno pulmón, contra toda la turba, los nuevos Atilas del progreso, han de presentar a los que vencieron hace tiempo la batalla denodada de la proclamación de sus verdades; es cuando conviene que la minoría, a quien la historia reserva la gloria de la salvación social, haga la rotunda negación ácrata y reafirme la libertaria afirmación.

Ante la faz de los tiranos, sin temor al servilismo de la prensa, sin acobardarse ante las imposturas de los políticos, alta la frente, sin humillaciones denigrantes y sin vacilaciones dudosas, ha llegado el momento oportuno de descorrer la cortina farandulesca y mostrar al pueblo de un modo real, sin engaños ni ilusiones, lo que él cometen y tratan de hacerla reaccionar, libertándola del oprobioso yugo que la aferra; y..., caso de que ella, cegada por su ignorancia, no nos escuchara, al menos, conservemos el valor necesario para grabar en los anales históricos el edificante recuerdo de nuestra indoblegable firmeza, base de futura regeneración.

Dejemos a los ex revolucionarios claudicantes o locos y hagamos ostensible manifestación concreta de nuestras personalidades libres encauzadoras y continuadoras de la magna obra de orientación emancipante.

No olvidemos que la serenidad se demuestra ante la confusión y el valor ante el peligro.

Hasta otra, os abraza fraternalmente.

ZOAIS

MI OPINION

A unos admiradores de Zaratustra y al «Más tarde...»

(Continuación)

Pero, en fin, ¿quien fué Zaratustra? Un asqueado de las porquerías de los humanos resuelve abismarse solo con su dolor, o con su desprecio, o con su ignorancia, o con su orgullo, o con su vanagloria, o con su agotamiento intelectual, en un paraje solitario donde vive, sofando, absolutamente ajeno al comercio de los hombres. Y los desprecia, y los fustiga, y los maldice y los execra. Pero sueña: aun le queda tiempo para soñar.

Sueña con una Humanidad libre, fuerte, audaz, sabia, grande física, moral e intelectualmente. Donde no haya vencedores ni vencidos, explotadores o explotados, oprimidos y opresores, grandes ni pequeños, donde cada hombre sea dueño y señor de sí mismo.

Pero soñar no es laborar y ese señor sólo sueña. ¡Como! Pues su grosería, su dolor, o su desprecio, o su ignorancia, o su orgullo, o su vanagloria. Su agotamiento intelectual ¿no son materiales formidables para construir el grandioso edificio de la liberación humana?

Por distintos y hasta por infinitos caminos se va a un punto determinado. ¿Que culpa tiene de que la Humanidad sumida en secular marasmo haya cuidado tan poco sus asuntos que la actual situación del proletariado sea hoy idénticas a la de los parias de pasadas centurias? ¿Y que culpa tiene Zaratustra que la evolución y la revolución de los obreros de hoy sean una mala copia de la de los esclavos de Roma, con Espartaco a la cabeza?

Si se imponen nuevos métodos de lucha ¿por qué han repugnar ciertos símbolos originales, estrambóticos o como sean, pero que son acicate, aguijón poderoso, que operan el prodigio que no pudieron la persuasión y el razonamiento?

¿Fué Nietzsche un loco? Para unos sí, para otros no. La falta de instrucción del proletariado en general y su carencia de sentido crítico, por consiguiente, hacen que no podamos pronunciar aún la última palabra. La locura de la filosofía la pronunciará; pero mas tarde: nuestros nietos la escucharán; ellos sabrán quien fué Nietzsche, quien fué Zaratustra, quien fué Ibsen. Y ya que hemos mentado al gran noruego ¿por qué muchos entusiastas de este genio son a la vez terribles detractores del áspero alemán? Misterios y contradicciones del corazón humano que aún está en estado de mariposa ¡Voluble, muy voluble!

Yo sólo se decir dos palabras. Una humanidad a lo Nietzsche, sería una humanidad de dioses; hombres del corte de Ibsen serían los dioses de la humanidad.

Dos palabras para terminar: en estos tiempos de *filo y fú*, quiero hacer constar que ni *fú* ni *fa*, porque detesto la guerra; pero teniendo en cuenta que al aceptar los hechos consumados no están mis simpatías con los paisanos del *chiffao*, sino con los de la acera de enfrente.

Otras dos palabras: No me gusta Nietzsche porque es demasiado complicado; Ibsen también lo es, pero más simpático, más atrayente, más sugestionador. Y sin embargo, entre los dos que producen tan opuestos sentimientos, hay una comunión de pensamiento tan íntimo y un fin tan común, que espiritualmente casi son uno solo. Pero el uno representa la dulzura de los temperamentos del Norte, y el otro el desabrimiento, la aspereza de los del Mediodía. Y ved ahí como una cuestión de clima puede ser favorable o adversa para el porvenir de la Humanidad.

Sabed todos, anarquistas, individualistas y sindicalistas, que el apartamiento es siempre una prueba evidente de sepresma cobardía. Bien sea por temor al influjo de los otros, bien porque creyéndose superior, huye el contacto.

Los espíritus fuertes luchan contra el tiránico gigantesco del conjunto, y si brutalmente son vencidos en el orden material, de nuevo emprenden la lucha sin buscar nunca las alturas de las montañas solitarias, porque ser allí "superior" es el valor declinable de los vencidos que huyeron, buscando las cavernas como amparo de su cobardía y mudos testigos de su impotencia; no por espíritu de superioridad sino por fatalidad de una cobardía inconfesada.

Esta es mi opinión sobre Nietzsche y sobre "Más tarde", etc.

***

Hablaban de revolución. ¿Comprendéis vosotros?...

Revolución es un camino que conduce a un punto fijo. Emancipación del cerebro, del espíritu y del cuerpo, es la penalidad consuetudinaria de la conciencia moderna repele de su código, sin los entusiasmos del momento, guiada ya por la serena luz del Ideal, la penalidad de transformación... La muerte si querés.

Es la voz viviente protesta en nombre del futuro. Sus gritos parecen a veces la penalidad severa para los ataques a la vida humana, la vida individual. Dejadme expresar así.

Abrid el paréntesis, rápido, inexorable, implacable, para el *Crimen de los Crímenes*. El atentado contra la vida colectiva. El crimen de la emancipación. La tolerancia es la complicidad.

Estamos en cañas. Aubal pone el robusto pie sobre la cabeza de Roma. No está ausente el espíritu de la Iglesia. Oid el grito del africano: "No perdonéis a los vencidos."

Tal es nuestra concepción; por eso no quiero ser cómplice como Zaratustra, tolerando en la soledad de la montaña el crimen de los crímenes.

Y para concluir: he de decirle a los que escuché hablar en aquel ateneo de *varias anarquías* y de sus *apóstoles*, que yo, y los anarquistas verdad, no somos *devotos* de anarquías, que somos anarquistas no de los hombres, sino de la idea: de la Anarquía.

JOSÉ ARRANZ

FILOSOFANDO

CRITERIO INDIVIDUALISTA

Siempre fué, es y será interesante y útil al progreso físico, moral e intelectual de la especie, la elevación y perfeccionamiento individual del tipo hombre bajo todos los aspectos de las infinitas y sublimes facultades psíquicofísicas, determinativas de la actividad individual en todas sus manifestaciones.

Si el individualismo es, en síntesis, la elevada, racional y tenaz tendencia a conseguir el máximum de energía física, de sentido artístico; la mayor sutileza y el mayor perfeccionamiento de los más bellos instintos de vida; la mayor libertad, el amor a la justicia, el odio a la tiranía, a lo feo, débil, servil y antiestético; si esto significa individualismo, yo no tengo inconveniente en manifestarme el más ferviente individualista.

Dejémonos de ditirambos y entremos en materia.

Indudablemente, el individualismo, en el sentido genérico de la palabra, es tan viejo como el hombre. Es sencillamente parte integrante de su personalidad: empieza y termina en ella.

Pues a mi juicio, lo que se llama individualismo, es una lógica resultante del instinto de vida, de conservación personal, de perpetuación de la forma y estructura específica de la especie, sintetizada en el individuo como unidad, base y fundamento de la misma.

Ahora bien, si todos obedecemos de manera implacable al determinismo del instinto de conservación individual (cosa que nadie podrá negar), hay que reconocer en tal caso que todos somos individualistas. Pues ¿quién no ama la vida, quien no ama su bienestar, quien no odia la tiranía, el sufrimiento, todo obstáculo y todo mal que se oponga al libre desenvolvimiento de su individualidad?

El instinto de conservación es innato en el hombre y en todo el mundo orgánico. Es patrimonio, condición *sine qua non* de vida, del mundo animal y vegetal.

Pero el hombre es un animal sociable, complicado y laberíntico en gustos, tendencias, manera y modo de sentir e interpretar la vida. De aquí sus diversas modalidades práctico ideológicas.

El hombre, siendo un animal sociable, con vastas y diversas necesidades, la asociación y cooperación para la satisfacción de las mismas le es inevitable.

Todo el progreso positivo verificado por la humanidad en el largo transcurso de su vertiginosa carrera a través del tiempo y del espacio, se debe principalmente a la cooperación y a la solidaridad. Por la cooperación el hombre ha ensanchado la restringida esfera de acción de los conocimientos, traspasando los reducidos límites de la suficiencia individual y podido alejarse de su bestial origen.

Siguiendo esta carrera vertiginosa el hombre ha arrancado hermosos e inapreciables tesoros a la naturaleza, y con ellos ha embellecido y complicado infinitamente su existencia. A la altura en que hoy nos encontramos, sin la cooperación y sin la ayuda mutua, sería imposible satisfacer, sustentar y perfeccionar las múltiples manifestaciones de la actividad social. Por ello el individuo, mal que le pese, no puede desentenderse del natural contacto con sus congéneres, substraerse a la influencia del medio social que aspira y vive, y menos aislarse de modo absoluto.

El individuo puede perfeccionarse y transmitir sus superiores condiciones a la especie, ayudando así a su perfeccionamiento también.

El perfeccionamiento progresivo de la humanidad se inicia en el individuo como punto de partida para llegar a la colectividad; empieza la unidad y termina en el conjunto. La unión de individualidades sanas, conscientes, espiritualmente afines, determina como consecuencia lógica una colectividad cuyo valor, cuyo instinto de vida ofensivo y defensivo, está en relación directa con el espíritu y fuerza de las de las individualidades que la integran.

Es altamente verídico que el valor intrínseco que determina la evolución ascendente de la humanidad, radica en el individuo. Este como un todo completo y complejo a la vez (especie de admirable y complicado aparato de transmisión y percepción de las sensaciones provocadas por los fenómenos naturales), es representación genuina de la humanidad en el mundo orgánico, y siente en sí, las diversas manifestaciones de la vida universal.

El individuo, como ser viviente, es transformable, modificable y perfeccionable. Obedeciendo al determinismo de las leyes inmutables del progreso, su tendencia es vivir y perfeccionarse, dando vida y perfección también a todo lo que le rodea y le es útil.

Por lo tanto, de la evolución progresiva de las individualidades provienen, como derivación natural, el progreso y perfeccionamientos colectivos.

No se olvide que el individuo es unidad y tambien parte de la colectividad; la unión de individuos forma las colectividades.

Es el punto de partida de toda asociación, sin la cual no habría colectividades ni humanidad propiamente dicha.

Las iniciativas nacen en los individuos los cuales las transmiten a la colectividad. El individuo es el crisol donde se funden las ideas, las grandes concepciones del pensamiento. Es el creador, el visionario, el vidente de los bellos porvenires, consuelo y esperanza de la humanidad que gime en la mayor de las abyecciones.

De todo esto se desprende que, cuanto mayor sea el valor moral, intelectual y físico de las individualidades, mayor será, por derivación natural, el valor de las colectividades de las cuales forman parte.

La obra de perfección emancipadora es más individual que colectiva; es decir, que lo más primordial es hacer conciencias, hacer hombres, que es como decir hacer colectividades capaces de vivir, luchar, progresar, de conformidad con las leyes físico psicológicas, dentro de la armonía indispensable con las demás colectividades que la rodean.

Entendiendo así el valor del individualismo, cabe interpretarlo como uno de los más grandes propulsores del progreso social.

Resumiendo: para mí el individualismo no es más que la expresión natural del instinto de vida, de conservación del ser humano. Su móvil es el amor a la vida, al progreso, al bien, al perfeccionamiento relativo y constante a que estamos sujetos por las leyes eternas de la evolución.

El individualismo es sano, lógico, racional y humano, de un valor inapreciable si por él entendemos elevar la condición moral, intelectual y física del ser humano. Destruir la superstición, la ignorancia, la falsa moral, y cambiar los valores negativos y decadentes por valores positivos y gradualmente ascendentes, he aquí la misión del individualismo.

Este individualismo es social, humano, redunda en beneficio de la especie, supuesto que, elevando el nivel moral e intelectual del individuo se eleva igualmente el de la humanidad en todos sus aspectos.

Bien o mal expuesto, he aquí a grandes rasgos mi criterio individualista.

Termino este pequeño estudio repitiendo lo que digo al principio: si por individualismo se entiende lo que dejo expuesto, no tengo inconveniente en manifestarme el más ferviente individualista.

LEÓN BEJAR

Barcelona.

La "Gran Colada"

Con el mismo título que encabeza estas líneas, *E. Liberal*, de Bilbao, nos da cuenta de la ropa sucia que en este momento están lavando en aquel Ayuntamiento los que pomposamente se llaman concejales socialistas. No es mal intención, al escribir estas líneas, mortificar al censurar a los socialistas en general, pues en mis relaciones con ellos, he llegado a encontrar individuos sinceros y que me merecen entero aprecio; pero si combatiré a los que considero villanos y que, sin escrúpulos de ninguna clase, hacen de la clase obrera, que en ellos ha depositado su confianza, el trampolín de sus ambiciones y concupiscencias, anteponiendo miras egoístas y particulares a los intereses generales de los trabajadores en general.

Trata el asunto en cuestión de unos lavaderos mecánicos que aquel municipio ha establecido en beneficio del pueblo y que, aprovechando estas circunstancias, la concejalía socialista, con el pretexto ha montado un planchador mecánico en sociedad con un tal Maidagán, administrador de los lavaderos mecánicos del ayuntamiento, cuyo señor, directa e indirectamente trabajaba en la misma empresa particular en vez de ir a cumplir su misión de administrador de los lavaderos municipales y al mismo tiempo empleaba legión de obreros por la vez de en quincena de 20 céntimos, y otras cosas por el estilo que poco me interesan.

Y lo estoy seguro que muchos me dirán: ¿y a mí qué me importa todo esto? Eso es lo que quiero demostrar

Felipe Carretero, concejal socialista, librero, individuo con paga en cierta organización del Estado, dueño-propietario de un lavadero mecánico, es el mismo individuo que cuando la famosa huelga de inquilinos de Baracaldo (19 5) votó en contra, traicionando los intereses proletarios, y cuando a los tres días de haber sofocada esta huelga por la violencia autoritaria, en ocasión de encontrarse 43 mujeres y 37 hombres detenidos, frecuentaba asiduamente el gobierno civil; individuo que hasta de las sirvientas que tenía en su casa ha llegado a abusar, y que se ha distinguido como uno de los más enemigos de todo lo que en Bilbao ha procurado mejorar la clase trabajadora.

Facundo Perezagua, concejal socialista también, que ha descubierto el «lío», es aquel que, después de la huelga minera del 1890, dedicó a su propaganda revolucionaria y sitiado por el pacto del hambre, iba de un lado para otro con blusa, alpargatas y estómago vacío, pero que como después que se hizo concejal debe empezar por uno mismo, aceptó una taberna en la calle Gimnasio y que, gradualmente, mientras sus parroquianos se alcohlizaban y dejaban su mísero jornal, les explicaba sus teorías socialo-políticas, hasta que alcanzó el acta de concejal y aumentó su comercio, es decir, buscó un local más amplio para sus disquisiciones filosóficas, y hasta su esposa, en completa libertad de acción, aceptó un estanco de esos que el gobierno español concede a sus servidores.

Además ha intervenido en muchos conflictos obreros, siempre como mediador, cooperando al triunfo burgués como lo prueba el hecho siguiente: En ocasión de una huelga de mineros en Vizcaya (no recuerdo la fecha fija) y en un mitin celebrado en Gallarta, aconsejó la vuelta al trabajo, a lo que los huelguistas se opusieron, insultándole, y hasta trataron de ahorcarle, cuya huelga, a los pocos días se solucionó favorable a los trabajadores. También con Egocheaga y compañía ha intervenido en la huelga de Ilotinto, que todos sabemos de qué modo ha sido estrangulada. Y supongo habrá sido de los que han cooperado a prohibir en la casa del Pueblo de Bilbao que se lean periódicos anarquistas, que ha sido secundado en otras varias localidades de España, donde la influencia de estos individuos se hace sentir.

Estos son, a grandes rasgos descriptos, los que ostentan las más puras principios socialistas en Bilbao; éstos son también los que, sin tregua ni descanso, han perseguido y hecho perseguir por sus secuaces, por aquellos que esperando una colocación y creyendo más en los hombres que en las ideas, desconociendo lo que es socialismo y adorando a estos individuos, a los anarquistas, que han combatido y combaten siempre la política por creerla (y los hechos lo demuestran) ser la planta donde pueden y tienen ancho campo para desarrollarse las ambiciones y las más grandes bajezas personales, y siendo ambiciosos políticos los que más deprimen al individuo, por causas que sería prolijo enumerar. He aquí porque los anarquistas combatimos sin tregua ni descanso el arte de engañar a los pueblos. Así, pues, trabajadores bilbaínos, todos los que de veras deseáis el advenimiento de una sociedad más equitativa, no confíe a nadie el trabajo de pensar por vosotros; sabed que tendéis que ser los artesanos de vuestra felicidad, y cuando en época de